

Carpentier, compendio

**Palabras en la presentación del libro *Alejo Carpentier: Teoría y práctica del Barroco y lo real maravilloso americano*, de Alexis Márquez Rodríguez
(Librería Alejandría II, miércoles 18 de febrero de 2009)**

Lo confieso, abiertamente. Si un libro resulta difícil de presentar o de reseñar es éste que hoy nos reúne en esta tarde caraqueña. Su título: *Alejo Carpentier: Teoría y práctica del Barroco y lo real maravilloso americano*. Su autor: el maestro Alexis Márquez Rodríguez, admirado y querido, que para mí son la misma cosa. Su editor: el Grupo Editorial Santillana, bajo el prestigioso sello “Taurus”, que se estrena venturosamente en Venezuela con tan buen pié.

Decía que resulta difícil hablar de un libro que es un conjunto de libros, de un libro que es la suma de lo mucho que el investigador ha trajinado sobre un mismo tema desde, al menos, cuatro décadas atrás, si consideramos el año 1970, en que aparece *La obra narrativa de Alejo Carpentier*, en las ediciones de la Universidad Central de Venezuela. Resulta difícil hablar de un libro que viene a cerrar un ciclo tan prolongado e intenso de actividad estudiosa y de reflexión sobre la obra de uno de los escritores americanos más sugerentes por la cualidad de su reflexión y más intenso por la penetración de su escritura. Difícil, también, por el honor altísimo que para mí supone ofrecerles un acercamiento personal sobre la obra crítica de Alexis, por la enorme consideración en que tengo su figura de estudioso comprometido con lo mejor de nuestra literatura y lengua y, lo subrayo, con lo mejor de nuestra espiritualidad y vida venezolanas, tan innecesariamente maltratadas.

Ganada, pues, la benevolencia de este auditorio, voy a atreverme con algunas aproximaciones, no más que una emocionada selección de puntos para la reflexión y de aspectos para llamar al entusiasmo de ustedes por una obra tan cargada de méritos.

Corrían mis primeros años de estudiante de letras en la Universidad Católica Andrés Bello y, después de haber leído con fervor el primer manifiesto escriturario de

Carpentier que es *El reino de este mundo*, me absorbían las páginas del primero de sus testamentos, *La consagración de la primavera*; una exploración de cuánto se deben en este escritor músico, la música y la literatura. También en esta novela, como en varias de las anteriores, me cautivaba la referencia venezolanista. Quiero comentar una de ellas, pues reafirma la prolongada y sólida filia venezolana de Carpentier y, más aún, la participación protagónica que ella tuvo en la hechura de su credo de escritor americano, que en él es siempre como decir, de escritor de lo real maravilloso.

Se trata de una larga anotación sobre Caracas que le permite ordenar un ensayo sobre la Venezuela de mediados del siglo XX y que hoy nos obliga a calificar como origen de nuestra primera decadencia contemporánea. Si exagero un poco, puedo decir que en esta nota caraqueña, en boca del protagonista de *La consagración de la primavera*, está resumida, tanto la concepción maravillosista de Carpentier, como el sistema crítico que Alexis Márquez Rodríguez ha emprendido para explicar esa concepción.

Parte de una lectura, siempre en positivo de la ciudad y su vida, de la ciudad y su gente, de la ciudad y sus palabras. El desconcierto es la primera calificación que manifiesta: “En cuanto a mí, seguía los acontecimientos con un creciente interés, mientras trataba de entender esta rara ciudad de Santiago de León de Caracas, que tenía la virtud de trastocar todas mis nociones haciéndose, de día en día, más rara, desconcertante, excesiva, teratológica, y hasta repelente, a veces, aunque enigmática, contrastada, misteriosa, difícil de penetrar y tremendamente atractiva a pesar de la anarquía de sus voliciones, porque en ella se asistía, de seguro, a la gestación de *algo* – de algo específicamente latinoamericano, sólo concebible en una ciudad cuya existencia cotidiana era un siempre y renovado *happening*” (p. 440).

El segundo momento, la destrucción de la cultura física justificada a favor de la modernización: “Los buldózer, furibundos en sus acometidas, concertados en el ataque, gozosos de derribar, la emprendían -¡tanto más gustosos, porque allí se acababa pronto!- con las viejas mansiones mantuanas, hincando los garfios en los zaguanes, levantando tejados, arrancando los dragoncillos esquineros, metiendo sus orugas metálicas en los patios del granado y del tinajero, deteniéndose para resoplar un rato –después de vencer a la Virgen de los Coromotos que hubiese señoreado el vestíbulo final– sobre un montón de escombros pulverulentos, en humo de cales viejas” (p. 442).

Seguiría, el asombro de lo nuevo captado en la perplejidad del hombre interiorano nacionalizado en hombre capitalino: “Con la mirada negra, a la vez fija y ausente – como extraviada– de los bilharzianos, contemplaban los primeros rascacielos jamás vistos, como en tiempos remotos pudiesen haber contemplado los nómadas bíblicos, ignorantes de cuanto fuese una urbe, los portentos de las torres astrales y jardines suspendidos que los hijos de otras tribus, más inventivas y ambiciosas, hubieran sacado de las arenas del desierto” (p. 443).

Continúa con el permanente Dorado de nuestra existencia, residencia de un afán de riqueza que amalgama ambiciones del tener con ambiciones del disfrutar, un resto Orientalista de nuestros orígenes más remotos, antes cargados de nobleza y ahora gesto de pésimo gusto: “Porque ocurría que, en esta ciudad entregada a la nada esotérica multiplicación de los bancos, compañías de seguros, créditos hipotecarios y máquinas calculadoras, en el incesante estruendo de los bulldozers, por caminos arcanos, en conciliábulo nocturnos y ceremonias presididas por símbolos egipcios, cruces coptas y cabezas de Nefertiti, proliferaban, con pasmosa aceptación, las más diversas formas del Ocultismo” (p. 446).

Una inflexión, la preservación de lo criollo auténtico en la lengua, salvación filológica en oposición a la intromisión cultural europea y norteamericana que lo ata energicamente a la naturaleza, única patria en la que no duda en reconocerse: “fiel, en su cotidiana vida, a los muy nacionales sabores de la arepa, la hallaca y la cuajada llanera. Mientras La Habana era invadida por letreros en inglés y millares de jóvenes de ahora se formaban en colegios y academias gringos, en tanto que los Testigos de Jehová, Adventistas y Metodistas reclutaban feligreses en campos y ciudades, aquí se era magníficamente impermeable a lo anglosajón. Crecían los niños en liceos cuyas fachadas se adornaban de frases de Simón Bolívar, formándose en un habla venezolana, de inflexiones inconfundibles, en el que perduraban sabrosas locuciones de recio castellano anterior a la Conquista –perdidas allá, conservadas acá. El venezolano, tan poco europeizante como poco norteamericanizado, seguía fiel a su condición de criollo, fuese adinerado o proletariado, con un apamate por árbol genealógico y nostalgias de caraota y cambur apenas se alejaba del suelo nativo. El hombre de aquí vivía

hondamente enraizado en una tierra cuyas energías telúricas pesaban en su destino” (pp. 447-448).

Finalmente, la declaración y la deuda venezolanas de Carpentier con la americanidad anidada en Caracas: “Dormía mucho y leía enormemente acerca de América, aquí donde la conciencia de ser americanos –latinoamericanos– era mucho más fuerte que en mi país” (p. 450).

La Venezuela de Carpentier recorre generosamente todo el libro de Alexis Márquez Rodríguez y, gracias a la maestría del autor, ello constituye una de sus señas de unidad y una de las marcas sobre la obra del escritor cubano que el estudio quiere potenciar. En este sentido, son especialmente hermosos los capítulos titulados “Venezuela: País compendio” y “Caracas: La espléndida madurez (1945-1959)”. En el primero de ellos, el estudioso carpenteriano privilegia los años venezolanos de Carpentier como los de arranque, fragua y desarrollo de la narrativa maravillosista del escritor cubano, gracias al contacto que la realidad del país le aporta: “Venezuela dio a Carpentier definitivamente lo que a su estudio de América le faltaba: el contacto directo, inmediato, con la realidad natural, histórica y humana de nuestro Continente” (p. 86). Los catorce años en que Carpentier prolonga su estadía venezolana fructificarán, en gestación lenta que una vez iniciada ya no tendrá un final a la vista, con la redacción de sus novelas canónicas: *El reino de este mundo*, en 1949; *Los pasos perdidos*, en 1953; *El acoso*, en 1956; la *Guerra del tiempo*, en 1957; y *El siglo de las luces*, finalizada en 1959, al momento de su regreso a Cuba. Acompañan la obra novelística de estos años clave, los ensayos reunidos en *Visión de América* y la colección de artículos para *El Nacional*, aparecidos en su columna “Letra y solfa”, sobre temas literarios y musicales, que se reunirán en varios tomos más adelante.

Si Carpentier calificó de compendio a Venezuela y así la aprovechó como germen para su obra, tenemos hoy que calificar la obra de Alexis Márquez Rodríguez sobre Carpentier como de verdadero y fascinante compendio de su tarea de crítico e investigador literario. Ciertamente, el libro que hoy se presenta significa la versión más acabada de tres libros anteriores (el supracitado *La obra narrativa de Alejo Carpentier*, en 1970; *Lo barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier*, en sus ediciones de 1982 y 1984; y *Ocho veces Alejo Carpentier*, doblemente presentado en

1990 y 1992), así como de artículos, conferencias y textos diversos que el profesor Alexis Márquez Rodríguez ha venido escribiendo en cumplimiento y satisfacción de una pasión de estudio que pocas veces hemos tenido oportunidad de ver en nuestros espacios literarios venezolanos. Digo más. *Alejo Carpentier: Teoría y práctica del Barroco y lo real maravilloso americano* representa la simbiosis creativa más encomiable que desde Venezuela se haya expresado sobre un escritor de la proyección de Carpentier, en la obra de un crítico de la proyección de Alexis Márquez Rodríguez.

Dividida en ocho grandes capítulos, un prólogo, una introducción y un epílogo, la obra logra explorar la narrativa del autor siguiendo un sistema que estudia primero el concepto de lo real maravilloso como expresión del mundo americano y su funcionamiento en la narrativa del escritor, para recorrer los paisajes del Barroco americano como forma, expresión, escritura y cosmovisión hija de lo real maravilloso mismo. El abordaje de otros tópicos acompañarán el anterior discurso matriz abriendo líneas de investigación que lo dibujen en facetas tan cruciales como el tiempo como tema y recurso de narrar, como la libertad y la alienación en el pensamiento de Carpentier, como la ideología y la militancia en la vida y obra del escritor; sin olvidar otros Carpentieres poco advertidos como el teatral, autor de un drama de título *La aprendiz de bruja*, de evidentes reminiscencias comparativas con el ballet de Manuel de Falla (rasgo muy común en su gestión de novelar, pues lo ensaya también con el ballet de Stravinsky en *La consagración de la primavera*). Esto último, aunque el estudio no le dedique específico apartado, permite destacar la presencia permanente que la música ocupa en la gestión narrativa e intelectual de Carpentier: la música como filosofía estética y la música como realización teatral; asuntos que tanto ocuparon al periodista prolífico que fue Carpentier, como el propio Alexis lo ha sido y es. Además del tratado sobre *La música en Cuba*, se reunirían más adelante sus artículos periodísticos de tema musical en los tres volúmenes de una obra de título emblemático: *Ese músico que llevo dentro*, compilación hecha por Zoila Gómez, en 1980 (año de la muerte del novelista), para la Editorial Letras Cubanas.

Paso, por último, al tema de la lengua. Por todos es conocida la importante labor de divulgador de temas lingüísticos que ha desplegado Alexis Márquez Rodríguez en la prensa nacional, ennoblecimiento de sus facetas de educador y de Académico de la Lengua. Su columna *Con la lengua*, que promedia ya más de cinco volúmenes, resulta

el mejor repositorio de materiales sobre el acontecer de la lengua de Venezuela y sobre los problemas generados por el particular uso del español que se hace en el país. Autor, además, de un *Muestrario de voces y frases expresivas en el español de Venezuela*, de probada utilidad descriptiva y de intensa capacidad reflexiva sobre el habla nacional, lo vincula con la tarea lexicográfica de la actualidad. En la Academia Venezolana de la Lengua, ha desempeñado, desde su tribuna de numerario estelar y desde su actual cargo de Vicepresidente de la Corporación, trabajo más que meritorio al frente de la Comisión de Gramática en la orientación franca de los usos generosos de la lengua española en las numerosas consultas de lenguaje que arriban a la Academia, desde dentro y fuera de Venezuela.

Estos preámbulos tienen como intención contextualizar mis comentarios, ya finales, para uno de los capítulos más notables de la obra que presentamos: “La escritura barroca de Carpentier”, número cuarto del libro y viaje al interior de la forma del lenguaje del escritor estudiado. Su dedicación se despliega aquí para analizar el lenguaje barroco, su léxico, los enamoramientos lingüísticos del escritor, la presencia consciente de voces viejas, la sintaxis y la retórica del narrador. Permítanme una pausa para referirme al léxico y a los amores lingüísticos del autor.

Enamoramientos de la lengua los ha llamado Alexis en virtuosa expresión. Recurrencia enternecida que el escritor manifiesta por “ciertas” palabras que entiende como “sus” palabras. Poderosa razón de amor de un escritor y de un crítico que entienden que se es escritor y crítico (toda una redundancia) sólo por esa razón de amor hacia las palabras. Las encuentra Alejo y las explica Alexis en el mar, nuestro léxico español americano más primigenio, pues del mar nos ha venido todo y al mar todo irá a morir: *arencón, bitas, gúmenas, matalotaje, singladura*. Las encuentra Alejo y las explica Alexis en la música, siempre la música: *antífona, espineta, maraca, melisma, partitas*. Las encuentra Alejo y las explica Alexis en la alimentación: *ají, buñuelo, guarapo, pisco, tamal*. Las encuentra Alejo y las explica Alexis, en fin, en las artes y en la guerra, en el vivir y en el vestir, en la naturaleza y en la civilización, en la lengua vieja y en la lengua nueva; en suma, en la lengua de América, plétora de un escritor crítico y de un crítico escritor que se observan en la lengua de América, rico español del Caribe al que pertenecen en alma y corazón.

Jamás pensé, cuando recorría esa mañana de diciembre de 1998, la Calle Obispo de La Habana y me encontré la obra carpenteriana de Alexis exhibida en lugar de honor en la Fundación Alejo Carpentier, que estaría diez años más tarde presentando una obra como la que hoy bautizamos y por la que todos estamos agradecidos al maestro Alexis Márquez Rodríguez. La recomiendo como el mejor auspicio de lo que entiendo por veneración crítica. La recomiendo como el mejor legado venezolano en la obra de este escritor grande. La recomiendo como el fruto mejor logrado en la obra de su autor, tan llena de frutos logrados. La recomiendo como fortuna de la edición literaria en el país. La recomiendo porque es la prueba palpable de eso que se ha llamado el crítico artista: la mejor filosofía de la literatura alcanzada por la razón de amor más poderosa.

Francisco Javier Pérez